Danza de Luz y Sombras capitulo 1

Andrés Saldaña Padilla

Capítulo 1

Danza de Luz y Sombras.

Por

Andrés Saldaña Padilla.

A mis padres, a quienes nunca les dije que escribía esta novela y se preguntaban que tanto escribía.

A mis hermanos, quienes aunque no quería, se enteraron de esta obra.

A los pocos amigos y familiares que sabían de esta obra y que me ayudaron y apoyaron.

A los artistas, cuyas canciones me ayudaron a transcribir mis ideas y me inspiraron con sus letras, espero no causarles problemas.

Gracias.

En la Luz hay Sombra y en la Sombra hay Luz –*Hermosa Oscuridad*; Kami García y Margaret Stohl.

Sólo hay un bien: el conocimiento. Sólo hay un mal: la ignorancia.

Sócrates.

PREFACIO.

Enhl-Yhl, observaba como el Templo Mayor ardía bajo las catapultas de plasma. Su sonrisa de satisfacción lo decía todo. Al fin había dado su golpe más grande, todos los templos habían sido destruidos ya. Estaba a un paso de ganar la guerra contra los dioses.

Una semana después de destruir el Templo Mayor, desde lo alto de la torre de su Palacio que miraba al Gran Océano de Oriente –el único océano del mundo en ese entonces –vio caer un cometa brillante desde lo alto del cielo, y que no dejaba estela de humo tras él. Tampoco trazaba una tangente como lo hacían los meteoritos, mas bien, parecía trazar una línea recta desde el cielo hasta el mar, pero no era una recta, más bien se curvaba tan ligeramente que era casi imperceptible.

La bola de luz se perdió en el océano un minuto más tarde. Logró distinguir un golpe seco, parecido al de una roca al caer en el agua.

Ligero, prácticamente inaudible.

Él esperaba a las tropas divinas, la Ultima Legión Celestial por derrotar, puesto que ya había derrotado a todas las demás. Pero sólo fue una centella que se perdió en la infinidad del Panthalassa, ni siquiera cerca de alguna de las lejanas islas de oriente. Él había esperado a un ejército completo, como a los que había masacrado. Sangre plateada y dorada, aun la recordaba.

Abajo, en la playa, la marea bajaba antes de tiempo y demasiado rápido. En unos cuantos minutos se había retirado cincuenta metros, en una media hora, quinientos metros, y en una hora, un kilometro y aun seguía retirándose.

Enhl-Yhl se recargó sobre la cornisa del balcón, asombrado y asustado al mismo tiempo. Lo había comprendido. Era el Gran Golpe, el último y desesperado golpe que los vencidos dioses intentarían dar, aunque eso destruyese a toda forma de vida. La ocasión perfecta para desmoralizar a los Fieles y demostrar su poder ante ellos.

Se retiró de la ventana de arco de medio punto, caminando de espaldas hasta colocarse en el centro. Extendió los brazos y un luminoso círculo verde apareció, rodeándolo. Empezó a entonar una canción, no en su lengua sino en otra, de palabras liquidas y metálicas que sonaban oscuras y misteriosas. Una burbuja se formó sobre él, encapsulándolo. Luego, se fue expandiendo lentamente, envolviendo la torre, después parte del Palacio y poco a poco la ciudad.

Pero si el agua se había retirado lentamente, no regresaría de la misma manera. A través de la ventana y sin dejar de pronunciar el hechizo, alcanzó a distinguir una distorsión sobre el horizonte. Fue enfocando sus ojos mientras la distorsión crecía. Unos segundos más tarde, lo vio claramente. Un muro de agua que avanzaba a grandes velocidades y que debía de ser muy grande como para poder distinguirse sobre el horizonte. El ruido atronador pero lejano, parecido al de una cascada le llegó, y poco a poco se fue acercando.

Unos cuantos minutos después, un enorme muro de agua se alzaba estruendosamente a un par de leguas del Palacio. La burbuja aun no cubría la ciudad completamente. Cinco segundos más tarde, la ola chocaba contra la pared de la burbuja. Enhl-Yhl, sintió el peso del agua y también sintió como se iba empequeñeciendo. La burbuja fue sepultada por toda el agua, arrasando la parte de la ciudad que aun no estaba protegida. En la ciudad los gritos retumbaban, los habitantes gritaban de miedo, un miedo más aterrador que el que sentían cuando los rebeldes atacaban.

Enhl-Yhl no cayó de rodillas pero parecía estar a punto de hacerlo. El escudo se fue reduciendo como si algo presionara sobre él. Todavía seguía cantando el hechizo, pero la burbuja no se expandía ya, se encogía y muy rápido, demasiado rápido.

En unos minutos el agua entraba por las ventanas y la escalera. Ahora sabía que su familia estaba muerta. La burbuja se redujo a un radio de tres metros alrededor de él. El sonido de algo rompiéndose se escuchó. Una grieta apareció sobre su cabeza, se filtró una gota de agua y cayó sobre su corona.

Ahora sabía que los Dioses habían ganado la guerra pero no dejaría que ganaran la última batalla. Con todas sus fuerzas empujó dos metros más la burbuja. La grieta desapareció. Un circulo de fuego con un triangulo de fuego en su interior aparecieron, encerrando a Enhl-Yhl. El canto cesó y uno nuevo empezó. Un canto de palabras oscuras, terroríficas y mortales, de sonidos metálicos, chirriantes y seseantes. La burbuja se cuarteaba.

Unas chispas de luz salieron del cuerpo de Enhl-Yhl, saltando y reuniéndose frente a él, formando un cuerpo atlético. Los canticos cesaron. El cuerpo de Enhl-Yhl estaba frente a él, inerte, sin vida y a punto de desplomarse. Él estaba observándolo. Se miró las manos y comprendió. Se encontraba desnudo frente a su cuerpo material, su nuevo cuerpo no era de materia o sustancia alguna, estaba hecho de una luz blanquiazul, semejante a un cielo con un delgado velo de nubes o gases. Lo había logrado, había separado su alma de su cuerpo. No murió, no fue asesinado pero tampoco estaba vivo; ni vivo ni muerto. No estaba en este mundo ni en el otro, podía ir y venir a su antojo. Nada podía tocarlo o hacerle daño, ni siquiera los Dioses, pues eran sus reglas.

El sonido del vidrio rompiéndose lo sorprendió, el agua atravesó el escudo y apagó el fuego, llevándose su cuerpo y sus Joyas. Un fuerte terremoto derrumbo la torre y el Palacio.

Tres días más tarde, el agua se retiró pero sabía que su Palacio jamás saldría del agua, ni la ciudad, ni la tierra del núcleo original de su Imperio. Estaba sentado en una roca, mirando hacia el nuevo mar. Nada quedaba de su Imperio. No tenia con que vestirse ni que comer, pero su nuevo cuerpo no se lo pedía, pues ya no era necesario. Ahora era invisible para ojos mortales e inmortales, ojos simples también, ojos inteligentes y sin inteligencia, y puede que incluso también para los ojos divinos.

Pensaba en eso cuando escuchó una voz profunda, dulce, amable, terrible, brutal, amorosa, comprensible, iracunda y pacifica; retumbar como trueno por toda la tierra. Estaba cantando. Los versos decían algo sobre sus Joyas, algo sobre que ni los Dioses ni los pueblos que las habían dado tenían el poder de destruirlas, que los pueblos deberían de guardarlas y esperar al miembro de sangre noble de un pueblo que no nacería hasta

dentro de miles de años, y de que ese ser no vendría inmediatamente con ellos, sino, varios centenares de años después.

Joyas… sangre… destrucción…

Y un muchacho.

Pero aun tenía tiempo. Estaba muy débil pero se repondría, recuperaría su cuerpo y sus Joyas. Mientras tanto, esperaría hasta que se olvidaron de él.

-Mil años –se dijo –sólo mil años y me levantaré de nuevo.

EL COMIENZO.

SOMEONE LIKE YOU ADELE.

Comenzaba la última semana del semestre, las vacaciones de verano estaban a la vuelta de la esquina. Todo parecía normal, sin ningún contratiempo. Los exámenes finales prácticamente habían acabado, unos cuantos estaban pendientes y en otras materias ya se habían entregado calificaciones. Las cosas marchaban bien para los estudiantes.

Alex esperaba somnoliento y con un auricular en la oreja izquierda, al autobús que lo llevaría a la escuela. Estaba ansioso por las vacaciones y el fin del curso, al igual que todos sus amigos. Sus cabellos despeinados y ondulados se agitaban con el viento, que traía el olor del bosque y que se mezclaba con el del mar. El autobús paso puntual. Subió y se fue a sentar junto a una ventanilla. El autobús se detuvo a tres cuadras, ahí abordó una muchacha, de cabellos castaños y medio ondulados que se agitaban en su caminar de bailarina, tan ligero y grácil que parecía flotar.

-¡Hola Alex! –saludó con voz alegre, sentándose junto a él.

-Hola Alice –respondió Alex, bostezando.

-¡¿Tienes sueño?! ¡Es increíble! ¡Duermes diez horas, Alex!

-¡Oh, vamos Alice, no molestes!

-Está bien, además creo que será un día especial para ti.

-¿Acaso no reprobare geometría?

-No me refiero a eso. Eres inteligente pero flojo para la geometría, sacas buenas calificaciones cuando quieres.

-¡No es cier…!

-¡Hola chicos! –saludó un muchacho que acababa de subir al autobús, interrumpiendo la apelación de Alex. Éste era de la misma complexión que él, aunque un poco mas moreno, de cabellos lacios y de color azabache.

-¡Hola Dan! –respondieron al unísono Alex y Alice.

-¿Qué hacían antes de que llegara? –preguntó Dan.

-Discutiendo con este greñudo sobre sus calificaciones.

-Ahora insultas mi cabello –protestó Alex.

-No. No lo insulto, es más, sus puntas curveadas me dan risa –dijo en tono burlón, Alice.

-Sí, deberías cortarlo un poco –dijo Dan –mira mis dedos desaparecen –dijo esto mientras tomaba sus cabellos y los agitaba con la mano. Alex hizo lo mismo con el cabello de Dan y cuando estos se disponían a despeinar a Alice, el autobús frenó improvisadamente, pues una mujer cruzó la calle y se detuvo unos instantes para luego desaparecer ante los ojos del chofer, como si se la hubiera tragado la tierra.

El hermoso día con el que Vancouver había amanecido y que prometía ser un soleado día de verano se frustró, pues antes de que llegaran a la escuela, se había nublado completamente, comenzando a llover como a las diez de la mañana. Nuestros chicos llegaron sanos y salvos, listos para cursar los últimos días del semestre y para recibir sus calificaciones. Todo iba espléndidamente bien, pero el mundo trataba de decirles que todo cambiaría.

-Bien chicos los dejo, tengo química y no quiero llegar tarde –farfulló Alex, echándose a correr hacia el laboratorio.

-¿Por qué no se lo has dicho, Alice? –preguntó, Dan.

-¿Decirle qué? ¿Qué se corte el cabello o qué cosa?

-Tú y yo sabemos bien de lo que estoy hablando –le dijo Dan. Alice se ruborizó y bajó la cabeza disimuladamente para que él no lo notara.

-¿Soy muy obvia? –inquirió Alice un poco apenada, volteando a ver los ojos castaños de Dan.

-No. No lo eres, bueno un poco… ¡Auch! –Alice lo golpeó en el hombro –Está bien, está bien. Pero los conozco, se te nota cuando hablas de él, pero eres bastante inteligente para que eso pase inadvertido ante los ojos

de la mayoría, y Alex será demasiado inteligente, mas para esto es un completo idiota que se la pasa con la nariz metida en algún libro y que sólo se daría cuenta si se lo dijeras frente a frente.

Alice estaba a punto de responderle cuando llegaron sus amigas y la arrastraron por el pasillo de la derecha, salvándola de darle una respuesta a Dan. Él, por su parte, marchó hacia su clase con una expresión victoriosa en el rostro.

Lejos de la escuela, cerca de los muelles, caminaba aquella mujer que se había detenido frente al autobús escolar donde iban Alex y sus amigos. Era una mujer alta y esbelta, de cabellos largos, lacios y dorados. Vestía unos jeans, botas de cuero, chaqueta y bufanda, dándole el aspecto de una cazadora del siglo pasado. Caminaba impaciente entre la neblina que se iba extendiendo poco a poco. Su piel era más blanca que el papel y sus labios rojos sobresalían tentadoramente en su rostro, y sus ojos; hermosos ojos del color de la mar, incluida la pupila, que sólo se diferenciaba por la tonalidad, más oscura en ésta. El ruido de los barcos y de los cargueros sólo aumentaba la tensión que se sentía.

De entre la niebla salió la figura de un hombre de aspecto salvaje, con la ropa hecha harapos, sucio y mal afeitado, alto y fornido. A diferencia de la mujer, su piel era más bronceada, no tenía ese aspecto que la hacía parecer muerta. Sin embargo, se notaba que el hombre era más agresivo y que estallaría a la menor provocación.

Andaba descalzo y dando zancadas grandes y fuertes. Detrás de él surgieron otros hombres parecidos, con el mismo aspecto salvaje y violento. Alrededor de diez hombres contándolo a él se aproximaron a la mujer. Ésta se detuvo en seco antes de que apareciera el primero, como si el aire hubiera llevado su almizclado olor hacia ella.

-¿Por qué tardaron tanto? –preguntó la mujer, furiosamente.

-Valeria… –soltó el primer hombre, pero se vio interrumpido por la fulminante mirada que le lanzo Valeria. Esta habló, más calmada pero en tono imperativo.

-Los tratamientos, Robert, no se te olviden.

-Sí, Lady Valeria. Tardamos porque eran muchas las escuelas en las que teníamos que buscar y también cuidar que no nos llamaran la atención por nuestra apariencia. También lamento decirle que no encontramos a ninguno, tal vez si Lord Riebeeck, nos hubiese dicho sus edades…

-¡Calla! ¡Que Lord Riebeeck no te escuche cuestionándolo! No nos dio sus edades porque no lo creyó necesario. Pero ya no importa, los he encontrado. –dijo con ira reprimida. Le quitó de encima los ojos y

comenzó a ir y venir de nuevo alrededor de aquel hombre. Parecía estar indecisa sobre lo que iba a decir y se pasearía de esa manera por lo menos cien años, sí el hombre no le hiciese la pregunta que ella temía.

-¿Los mataremos hoy?

-Robert, no. No los matares hoy. Lord Riebeeck me ha pedido que esperemos dos días más, dentro de ese tiempo todo estará listo y mas a nuestro favor. No se levantaran sospechas, es más, el asesinato de estos tres muchachos será la menor preocupación de todas. Podemos refugiarnos y eliminar todas las pistas que les digan algo sobre nosotros; desaparecer y reaparecer en cualquier lugar del mundo sin más preocupación que la de seguir ocultos de los humanos. –dijo Valeria, tomando la sucia y mal afeitada cara del hombre entre sus manos, viéndolo por primera vez con ternura en vez de ira. Entonces lo soltó y dio un paso hacia adelante, rodeada completamente de neblina, empezando a hablar hacia ningún espectador, pues no se les veía, sin embargo, sabía que seguían ahí tan sólo por el olor a almizcle. – ¡No mataremos hoy, Lord Riebeeck así lo ha dicho, esperaremos dos días más y al siguiente la vida de esos jóvenes terminará para siempre! Ahora váyanse al bosque, aliméntense de bestias y no de hombres, no llamen la atención hacia ustedes, deambulen por los bosques de la ciudad. Yo iré al sur a alimentarme, lejos de aquí para no llamar la atención como ya les he dicho. Pasado mañana, vengan a buscarme a la ciudad, guíense por mi olor, yo los estaré esperando en el lugar indicado.

-¡Val!... perdón; Lady Valeria ¿Por qué Lord Riebeeck pospuso el asesinato? –preguntó Robert, el hombre que encabezaba a los demás.

-Eso Robert, es un asunto que sólo concierne a Lord Riebeeck, pero presiento que tarde o temprano nos enteraremos de lo que hizo que pospusiéramos el asesinato. ¡Ahora váyanse! –gritó Valeria.

Los demás hombres sólo escuchaban y estaban prácticamente ocultos en la neblina, que sólo cedió levemente mientras Valeria les hablaba. Cuando esta terminó de hablar, se oyó un ruido seco como si se hubiese roto algo, inmediatamente se escuchó el aullido de nueve lobos, que rápidamente se acabo para dar paso de nuevo al ruido normal del muelle. Robert se quedó con Valeria, se acercó a ella y la miró a sus fríos ojos de zafiros.

-Vete ya, Robert –le dijo Valeria.

-¡No! –Dijo firmemente –quiero saber que pasara después de asesinarlos.

-Se los comerán –respondió fríamente Valeria.

–No me refería a eso, lo que quería decir era… que… si todo volverá a la normalidad y también quisiera saber si Lord Riebeeck cumplirá su

promesa de librarnos de esta maldición.

-Mi amor, lo que debes de saber, es que después de hecho el trabajo, tal vez, Lord Riebeeck te necesite de nuevo, pues le habrás demostrado una gran lealtad y cuando hayas terminado todo lo que te hubiese encargado, el podrá cumplir su promesa y yo te transformare y así podremos vivir felices por toda la eternidad, hasta que este mundo se pudra y muera junto con su sol.

Robert solamente se le quedaba mirando con sus ojos verdes como las hojas del bosque, derramando amor por Valeria. Ésta le correspondía de la misma manera, le miraba tiernamente como si mirase a un cachorro recién nacido, esto le molestaba a Robert pero lo disimulaba perfectamente para no herir los sentimientos de su amada. Valeria le tomó de nuevo el rostro con sus manos, manos tan blancas como el papel que contrastaban con la piel bronceada y sucia de Robert, ladeó la cabeza y le besó en la boca. El beso fue una verdadera entrega de amor, esperanzas e ilusiones.

La niebla se hizo más espesa alrededor de los dos amantes y lo que pareció una eternidad, acabo en ese instante. Se oyó de nuevo ese peculiar ruido seco y a través de la niebla se distinguió la gigantesca figura de un lobo. Después se escuchó el andar de las botas de tacón de Valeria y después el ruido que se escucha al moverse un cuerpo rápidamente contra las masas de aire.

El muelle se quedó completamente solo, sin más ruido que el de los barcos, los cargueros y el mar, cubierto por una espesa neblina que presagiaba que la lluvia no tardaría en caer. En el suelo sólo quedaron jirones de tela y ciertos pedazos de madera astillados por el taconeo de Valeria, rastros que fueron borrados por la lluvia y el viento, a excepción de la madera astillada, cuyas marcas permanecieron hasta que lentamente fueron borradas por el paso del tiempo. La lluvia no tardó en caer, a las diez comenzó un aguacero en la ciudad que causó un gran tráfico en el centro de la misma. Lo peor era que todavía había remanentes de la neblina, pero ésta se alejaba al este rápidamente, dando paso a un aguacero que tardó tres horas en amainar y dos más en parar de llover.

-¡Genial! –se quejó Dan –tenía que caer un aguacero precisamente hoy.

-¿Por qué lo dices? ¿Ibas a ir a alguna parte? –preguntó Alice.

-No, es sólo que pensé que podríamos almorzar en el patio, nunca me ha gustado comer en la cafetería más de dos días seguidos –dijo Dan, quejumbrosamente.

La verdad era que ha nuestros muchachos les gustaba almorzar en el patio, siempre que no lloviera o que hiciese demasiado frio como para permanecer más de diez minutos sentados en una banca igual de fría. Pero hoy estaba lloviendo a cantaros y a Dan no le gustaba mucho la lluvia, sin embargo, a su mejor amigo sí. En ese momento, Alex entraba a la cafetería sonriente y con su andar de reyes que tenia siempre que estaba feliz y orgulloso de sí mismo. Caminaba rápidamente, pues su chamarra se levantaba hacia atrás y sus cabellos hacían lo mismo. Tuvo suerte de no tropezar con nadie, pues le vieron venir tan rápido que algunos se detuvieron en seco.

-¡Chicos! –Gritó entusiasmado – ¡Alice, tenias razón, hoy es un día muy especial! ¡No reprobé geometría! –les dijo Alex sonriente e irradiando felicidad.

-¡Felicidades, Alex! –dijo Alice.

-¡Felicidades Alice, tenias razón, aprobaría geometría, Alex sólo saca malas notas por flojo y rebelde y sobre todo felicidades a ti amigo! –se mofó Dan.

Los chicos festejaron brevemente, pues sólo tenían el almuerzo para hacerlo y todavía varias horas de estudio antes de que salieran de la escuela. Después del almuerzo se volvieron a separar y no se vieron hasta que las clases acabaron y subieran al autobús.

Aún lluvia levemente cuando terminaron las clases del lunes. Dan, estaba optimista pues quería ir al cine y como la lluvia cesaba cada vez más y el cielo empezaba a abrirse de nuevo, le daban más esperanzas. Sentado esta vez junto a Alex, puesto que los dos se habían encontrado a la salida, sólo esperaban a que Alice subiera al autobús, quien no tardó mucho, pues pronto la vieron subir al camión. Dan y Alex, conversaban sobre su día de clases. Alex se quejaba porque su maestro de química le pidió que realizara unos experimentos para sus alumnos de otros grupos, pues él había sido el único que pasó química con calificaciones perfectas. Dan, le comentaba que les habían hecho un examen sorpresa en historia y que no estaba seguro de que lo aprobase. En ese momento Alice, ya estaba cerca de ellos y les reclamó:

-¡Pudieron esperarme en la entrada! –dijo un poco molesta.

-Lo sentimos –dijo Alex, mientras se sacudía su pelo levemente mojado y Alice tomaba asiento delante de ellos.

-Te hubiéramos esperado, pero ya sabes que al vanidoso no le gusta tener el cabello mojado –se burló Dan nuevamente. Alex, rió y sonrió

sarcásticamente al comentario de Dan.

-Por supuesto, los mechones de su cabello mojado parecen tentáculos –dijo Alice con sorna.

-Oigan chicos ¿Qué les parece ir al cine hoy? –preguntó Dan, cambiando de tema mientras el autobús arrancaba –¿Como a las cinco estaría bien?

-Am… yo no tendría inconveniente, si no hacen lo mismo de hace tres meses –dijo Alice.

-¡Fue culpa de Dan, él quería ver dos películas seguidas...! –replicó Alex, pero le interrumpió Dan.

-¿Y de quien fue la idea de ir a la exposición de arte que había en el centro?

-Mi mamá no me iba a llevar esa semana y nada mas estaría tres días en la ciudad –le contestó Alex.

-Está bien. Está bien, no peleen pero me tendrán que compensar el castigo de dos meses sin salir, el cual fue culpa suya; acompañándome a hacer unas compras en el centro comercial –Alice les dijo esto de forma tan dulce y conmovedora que no se pudieron negar, además sentían ese sentimiento de culpa que sólo podían quitarse compensándolo con o en algo que ella quisiera, por haber causado que la castigaran, aunque en el fondo sabían que ella se pudo haber ido después de la segunda función de cine pero como su mejor amiga los quiso acompañar y no dejar que un par de mocosos se metieran en problemas, sin mencionar que ella también quería ir a la exposición de arte.

-¿Qué hay de ti, Alex? ¿Iras? –le preguntó Dan.

-No te preocupes por él, seguramente encontrara una manera de que su mamá lo deje ir –profirió Alice y terminó con tono irónico –y seguramente así será pues no reprobó geometría.

-Por supuesto, me he ganado esta salida, dos meses castigado sin salir a ningún lado no le hacen nada bien a un adolescente. Pasare por ti al cuarto para las cinco, Alice ¿te parece?

-Sí, está bien –respondió Alice, ruborizándose y volteando hacia la ventana para que Alex no lo notara, como sucedió, pues otro chico le habló a Alex y éste ni siquiera notó que Alice se había volteado, en cambio Dan, si lo notó y Alice lo supo inmediatamente, ruborizándose aun mas.

-Los estaré esperando en mi casa, Alice, no se tarden –le dijo Dan.

-Sí, no te preocupes –le contestó Alice, sin voltear a verle, mirando por la ventana a las calles húmedas –creo que ya no lloverá por este día, Dan.

En un breve tiempo arreglaron todo y decidieron que escogerían la película en el cine y después acompañarían a Alice de compras. Y uno a uno, fueron bajando del autobús.

Alex bajó justo cuando había terminado de llover, cerró el cierre de su chamarra, se puso la capucha y metió sus manos en los bolsillos de la misma. Caminó un poco encorvado y tiritando de frio hacia su casa. Sacó una mano y la metió en sus jeans para buscar sus llaves y abrir la puerta para entrar. *Al fin en casa*, pensó.

-¡Ya llegue mamá! –gritó, pero no recibió respuesta.

Se quitó la capucha y se dirigió a la sala, donde se quitó la mochila y la aventó sobre uno de los sillones. Después bajó el cierre de su chamarra y fue a buscar algo de comer en la cocina, donde se encontró con un recado de su madre pegado en el refrigerador.

"Cariño, fue a arreglar unos asuntos a la ciudad, regresare hasta tarde. Hay pollo frito, ensalada y pasta en el refrigerador.

Posdata.

Si tienes que salir no llegues tarde, a más tardar a las ocho, llamaré a casa de Dan y de Alice."

Alex tomó el recado y lo leyó, abrió el refrigerador y efectivamente encontró la comida que su madre había preparado. Después tomó una manzana de la barra de la cocina y se fue a su cuarto. Ahí comenzó a quitarse la ropa y una vez desnudo, se cubrió con una toalla y se fue a bañar. Mientras se bañaba, pareció escuchar una voz que le susurraba cerca pero que venía de muy lejos: *estas en peligro, ¡huye! Te han dado tiempo, no lo desaproveches, sal de esta ciudad, escóndete o morirás.*

Alex no hizo caso a lo que escuchó, pues pensó que algún vecino estaría viendo una película con el volumen muy alto. Sin embargo, cuando terminó de ducharse ya no oyó nada. Se dirigió a su cuarto para vestirse. Una vez ahí encendió su pequeño estéreo. En la estación empezó a sonar *Someone Like You* de *Adele*, y Alex cantó interiormente mientras se vestía. A *Adele* siguió *Monster* de *Paramore,* estas dos canciones bastaron para que se terminara de vestir y cuando lo hizo, bajó a la cocina, donde metió lo que comería al microondas, para luego ir a comerlo en la sala, viendo televisión. Mientras comía volvió a oír la misma voz que le susurraba: "*Estas en peligro, ¡huye! Te han dado tiempo, no lo*

desaproveches, sal de esta ciudad, escóndete o morirás." Se quedó boquiabierto, con el tenedor y la pasta a medio camino entre la boca y el plato. Estuvo así un par de segundos, hasta que un comercial lo sacó de su estupor y logró llevar la pasta a su boca. No le dio más importancia y siguió comiendo.

Después de comer se puso a trabajar en la exposición que iba a dar. Estuvo un rato en la computadora haciendo este trabajo y otros pendientes que debía entregar en la semana a ciertos profesores. Estas actividades consumieron su tiempo. Finalmente logró acabar con su exposición, un sencillo experimento de oxido-reducción. Que demostraría mañana ante los grupos de su profesor de química.

Era cuatro cuarenta cuando salió de su casa, no sin antes dejar un recado para su madre que aun no había llegado:

"*Mamá voy a ir con Alice y Dan al cine y después acompañaremos a Alice a realizar unas compras. Ya comí.*

Posdata.

Aprobé geometría.

Te quiere, Alex"

Tomó su chamarra, sus llaves y salió para ir a recoger a Alice.

Caminaba dando largas zancadas sobre el suelo medio mojado, no hacía mucho frio, pero el clima avisaba que tarde o temprano volvería a llover. De los arboles caían gotas de agua, la brisa soplaba suavemente agitando los cabellos de Alex, sus tenis salpicaban sus jeans de agua. El aire estaba húmedo y ligeramente frio, olía a madera, hojas y tierra mojada. La brisa soplaba ahora al oeste, alejando el salado aroma del mar. El cielo estaba nublado, grisáceo y blanco y aunque decía que dejaría caer otro aguacero, no lo haría en las próximas horas.

Alex caminaba tranquilamente por la acera, faltaba poco para que llegase a la casa de Alice, cuando se detuvo en seco. El viento llevó hasta sus oídos los mismos susurros que había oído mientras se bañaba y cuando estaba comiendo. Un escalofrío le recorrió la espalda, haciéndolo sacudirse. Volteó en todas las direcciones para poder ver de donde provenían los susurros que había escuchado, pero no volvió a oírlos y no pudo saber si provenían de las casas de al lado. Pensó que sólo era su imaginación, así que sacó sus audífonos y se los colocó para oír música. A pesar de esto, se sentía observado, vigilado.

Finalmente llegó a casa de Alice. Tocó el timbre y salió la mamá de Alice,

una mujer guapa, de cabello castaño y ondulado.

-Pasa, Alex, Alice bajará en unos momentos –le dijo amablemente.

Pero en el justo momento en el que Alex iba a decir que la esperaría afuera, Alice apareció bajando las escaleras, se veía completamente hermosa. Llevaba el pelo recogido en una coleta que le caía sobre el hombro derecho por delante; vestía una blusa azul a juego con sus jeans y su chamarra.

-No hagamos esperar a Dan, Alex. Me tengo que ir mamá, nos vemos, espero no tardar mucho en el centro comercial, –dijo Alice tiernamente y con un toque de sorna agregó –los chicos irán conmigo de compras.

Su madre rió entre dientes y le dijo que no los desesperara. Se despidieron con un beso en la mejilla y se fue con Alex mientras su madre cerraba la puerta. De pronto, mientras caminaban hacia la acera, escucharon el susurro que anteriormente había escuchado Alex. Se detuvieron unos instantes y después se miraron.

-¿Se… se te olvido algo, Alice? –preguntó Alex, tartamudeando.

-¡No! Nada Alex, vámonos.

Siguieron caminando, preguntándose a sí mismos si el otro había escuchado lo mismo.

-¿Y qué vas a comprar? –preguntó Alex.

-Un libro y algunos discos –le respondió Alice.

Siguieron conversando sobre esto hasta que llegaron a casa de Dan. Los estaba esperando en el coche. Su mamá los llevaría e iría a recogerlos, les explicó Dan. Alice y la mamá de Dan conversaron durante todo el viaje, y cuando estaban por llegar, la mamá de Dan integró a los chicos en la conversación sacando el tema de la lluvia.

Por fin habían llegado, y para sorpresa suya, el cine no estaba tan vacio como esperaban, pues una razón, aparte de que era la última semana de clases del semestre, era una semana de estrenos, algunos de ellos eran películas que fueron hechas en dos partes. Así que los chicos tardaron algo en escoger la película que vieron. Después de la película comenzó la silenciosa tortura para los muchachos, ya que Alice visitó cada una de las tiendas que había antes de la librería y de la tienda de música. Pero ellos no podían decir nada, se lo debían, en cierta manera, pues habían hecho que la castigaran. Finalmente, Alice compró todo lo que necesitaba y unos segundos más tarde sonó el celular de Dan, su mamá había llegado a

recogerlos.

La conversación en el auto de la mamá de Dan giró, en su primera parte, en torno a la película y después la conversación fue acaparada por las chicas. Dan, después de esto se durmió. Dejando solo, por así decirlo, a Alex. Este se sumió en un leve sopor que iba en aumento gracias al arrullador ronroneo del automóvil y a las fugaces luces de la ciudad. Debió de haberse dormido, pues se le hizo muy rápido el trayecto desde el cine hasta su casa, pues la mamá de Dan llevo a cada uno a su casa. Mientras estaba en su sopor, comenzó a escuchar de nuevo aquellos susurros, pero no sabía si eran de la conversación de Alice con la mamá de Dan o si eran simplemente los recuerdos de los que hace horas había escuchado. Lo último que recordó antes de que lo despertase Dan para decirle que ya habían llegado a su casa, fueron las imágenes de las ultimas luces de la ciudad que pasaban alrededor del auto como simples líneas luminiscentes que daban paso a las borrosas siluetas oscuras de los arboles, en los que se mesclaban algunos destellos de luces de los postes o de las casas.

Bajó del coche todo adormilado y caminando como si el piso se le moviese, bostezando varias veces. Tocaron el timbre y salió la mamá de Alex, los recibió y conversó un poco con la mamá de Dan mientras este se dirigía al coche para volverse a dormir.

Alex y su mamá conversaron mientras este cenaba, su madre le felicitó por no haber reprobado geometría y le dijo que sólo por eso no lo castigaría por haber regresado tan noche, aunque la mamá de Dan lo hubiera traído. Pero igual que Alice, le reprochó que sólo por flojera y por rebeldía reprobara una materia, pues en todas las demás llevaba buenas calificaciones. Alex no quiso discutir y le dio la razón, también le prometió que no lo volvería a hacer. Después le dio un beso de buenas noches y se fue a dormir. Su madre se quedó sentada en el comedor. Puso los codos sobre la mesa y recargó su barbilla en sus manos, mirando al vacio. Se quedó pensando.

Era tarde ya, las dos a. m.

El edificio estaba completamente solo, sumergido en una profunda oscuridad, tan intensa como una noche sin luna ni estrellas.

El piso de mármoles marrones estaba pulcramente limpio y encerado, era como un espejo de agua en el que se reflejaban perfectamente las paredes, pero el techo se perdía en la oscuridad y no podía ser visto en el reflejo, ni siquiera mirando directamente hacia él. Las paredes eran de piedra caliza, dura, liza y fría, tapizada a juego en el piso de mármol. El techo era sostenido por arcos de mármol pegados a la pared, en columnas con bellos relieves barrocos. El techo, si se hubiese podido ver, estaba decorado con frescos de mitos, leyendas, historias, batallas y guerras, pero también de actos heroicos y culturales, bodas y otras cosas por el

estilo. En las paredes había retratos, paisajes y escenas semejantes a las que había en el techo y de la misma manera, parecía como si pudieses entrar en las pinturas y poder viajar a través de ellas a otros lugares, mundos y épocas. Era como si mirases por la ventana de alguna casa que tenia la vista a ese paisaje maravilloso, y en cuanto a los retratos parecía que eran estatuas a las que podías tocar o sacar del marco.

A lo largo del pasillo había varias puertas, separadas muy bien una de la otra, para que fueran muy amplias por dentro. Las puertas eran de madera, enormes puertas, lo suficientemente anchas como para que cuatro personas pasaran juntas al mismo tiempo y tan altas como dos personas de estatura promedio. Las maderas eran finas, alternándose puertas de cedro, ébano, caoba, roble y otros tipos de madera, finamente talladas y barnizadas. Los relieves tallados era magníficos y los temas que en ellos se veían eran florales, de cacería, de batallas o de escudos heráldicos, y en ellas, en una placa de oro, estaba escrito en letras manuscritas el puesto de la persona que ocupaba la habitación para su trabajo.

Al final de aquel largo pasillo, completamente sumido en las penumbras, surgió el ruido de las pisadas de unos zapatos de cuero. El sonido avanzaba, suave como un murmullo, subiendo poco a poco sus decibeles, siempre constante y monótono, llevando el ritmo del *tic-tac* de un reloj. El eco aumentaba a cada paso y las luces se encendían al compás de estos, pero no con toda su intensidad, pues la oscuridad seguía dominando. El sonido era tenebroso y debido al eco parecía metálico.

De la oscuridad surgió una figura, negra, que se difuminada en la oscuridad del pasillo y que sólo se distinguía por lo débiles rayos de luz que le llegaban de las lámparas. Avanzaba con grandes y firmes zancadas. Sus ropas eran oscuras y llevaba una especie de gabardina, abierta y grande, con la capucha puesta.

Se detuvo frente a una gran puerta de caoba, finamente tallada. La puerta tenía motivos florales, parecidos a los del Taj Mahal, pero también tenía talladas escenas del mito de la creación hindú. La figura pareció observarla detenidamente. De repente, alzó el brazo y con el dedo índice recorrió la parte central de la puerta. Hubo un sonido seco, como si la madera se hubiese roto de repente, la puerta empezó a abrirse y la figura se quitó la capucha, dejando ver el perfil de un hombre. Las puertas se abrieron hacia adentro. El hombre completamente erguido, avanzó ligera y rápidamente al interior de la habitación.

En el interior de esta se encontraba un hombre sentado detrás de un gran escritorio de caoba, revisando un montón de papeles, con dos lámparas que le iluminaban perfectamente. Gracias a esta iluminación se pudo distinguir perfectamente al hombre que estaba sentado. Era hindú, de ojos castaños que expresaban una gran sabiduría, barbas y bigotes largos,

con líneas blancas que delataba que era ya viejo, su rostro no ayudaba mucho a decir su edad, pues era un rostro maduro en el que apenas se veían algunas arrugas y llevaba sobre su cabeza un gran turbante color azul cobalto y en el cual, a manera de broche, llevaba un pequeño rubí.

-¡Senador Anton! ¿Qué hace aquí a estas horas de la noche? –preguntó el hindú, sorprendido. Su voz era profunda y sabia, con ese característico acento.

-Gran Lord Canciller, tengo que atender unos asuntos de suma importancia… y también tengo que hablar con usted –le dijo serena y calmadamente el senador Anton. Este era un hombre alto, de cabellos negros y lacios, piel clara, ojos azules y con barba de tres días.

-Toma asiento, por favor –le pidió el Gran Lord -¿Qué es lo que quieres hablar conmigo, Anton? –inquirió.

Anton tomó una silla que estaba enfrente del escritorio, la retiró un poco y se sentó. Se acarició la barba antes de empezar a hablar, además paseaba su mirada por el bello escritorio de caoba del siglo XVII.

-Canciller –dijo, arrastrando la palabra y con los ojos fijos sobre los documentos, prosiguió -¿Recuerda o ha oído alguna vez del "*Emperador"*? no; espere, no responda, ¿tal vez lo conozca con el nombre del "*N igromante"*? –preguntó el senador, haciendo énfasis en las palabras *Emperador* y *Nigromante.*

El canciller se recargó en su asiento, frunció el ceño pensativo –creo que recuerdo algo sobre el *Nigromante* pero no lo recuerdo muy bien.

-Está bien. No se preocupe, se lo recordare –comenzó tranquilamente el senador –Creo que saltare lo de la Guerra del Nigromante, que por supuesto sabe que terminó con la Batalla del Nilo y que más tarde dio lugar a la formación del Senado. Bueno, eso ya es historia, lo enseñan en las escuelas. Pero lo que no enseñan y lo que no han sabido hasta ahora es que el Nigromante y el Emperador son la misma persona.

Por siglos los "extranjeros" han hablado del *Emperador*, quien desafío a los dioses y que llevo a su pueblo a una guerra con ellos que terminó con la destrucción de su pueblo y el hundimiento de parte de su gran continente y la formación de otros con las partes que no fueron hundidas. Creo que los elfos conservan un libro con esta historia muy detalladamente, lástima que usted no pueda volver a leer un libro nunca más –le dijo mirándole con cinismo y lástima.

-Pero…

-Ah. Ah. –dijo moviendo la cabeza negativamente. –No me interrumpa, Gran Lord Canciller, aun falta la mejor parte –le dijo el senador. –Lo más importante es que el Emperador no murió, separó su alma de su cuerpo, huyendo de los dioses y escondiéndose de ellos –dijo con la mirada fija en los ojos del Gran Lord Canciller, en su cara se pintó una sonrisa cruel –pero como ahora entenderá, logró hacerse más poderoso y consiguió la suficiente fuerza para materializarse, y es aquí donde se dan los avatares que desembocan en las Guerras del Nigromante, donde al no poseer cierta arma, fue vencido en la Batalla del Nilo, teniendo que volver a separar su alma de su cuerpo. –el senador hizo una pausa, esperando respuesta de su interlocutor quien lo miraba confundido.

-¿Por qué me cuenta esto, Anton? –preguntó un poco irritado.

-¿Por qué? ¿No ve que es obvio? ¡El Emperador y el Nigromante son la misma persona! –le dijo furioso porque aun no se había dado cuenta de lo que le quería decir –¡Los rumores de los extranjeros son ciertos, los asesinatos que se han dado en el mundo bajo su nombre! ¡Todo, todo ha sido preparado para que el resurja, y domine al mundo! ¡El hará lo que el senado ni ningún mago de antaño se ha atrevido a hacer, dominar a la humanidad! –gritaba excitado, levantándose de la silla bruscamente y avanzando unos pasos en dirección a la puerta deteniéndose en seco. Se pasó una mano por su cabeza, echando sus cabellos hacia atrás. El Gran Lord Canciller lo miraba asustado presintiendo que algo terrible estaba por suceder.

-¡Cálmese, senador Anton! –dijo el Canciller en tono imperativo y formal, pero vacilando sobre si esto que dijo le haría enfurecer mas o si haría el esfuerzo por calmarse.

El senador Anton no respondió inmediatamente, esto hizo pensar al canciller que se estaba tranquilizando. Se hizo un silencio espectral, que se prolongó por lo menos cinco minutos.

-¿Anton, dime que es en realidad lo que deseas decirme? –preguntó el Gran Lord Canciller, en un tono que delataba que tenía miedo.

Anton no respondió de nuevo, pero esta vez con la mano derecha sacó algo del bolsillo interior izquierdo de su gabardina. Era una varita; más bien parecía una fina daga cilíndrica, deformada por raíces que surgían de su mango. La sacó y girando sobre sí rápidamente apuntó con ella hacia el canciller, lanzándolo contra la pared.

-Gran Lord Canciller, no parece entender –comenzó el senador, hablando dura, fría y brutalmente –pero no se lo repetiré de nuevo, el Emperador ha regresado y necesita de sacrificios para que su materialización sea más rápida ¿es que aun no se ha percatado de que los asesinatos que eran cometidos en su nombre eran puros sacrificios? ¡Y usted es el último! Y

una vez que usted esté muerto y su fuerza vital sea del Emperador, ¡el resurgirá! –finalizó cínicamente alegre, con una gran sonrisa en el rostro.

El Gran Lord Canciller le miraba lleno de terror. Su rostro pintaba desesperación, no podía hablar y el esfuerzo que hacía y que no rendía frutos le desesperaba aun más. Finalmente logró articular algo: -¿Pero… porque…? –fue lo que dijo antes de que Anton pronunciase: -¡*Pónos*! –y el Gran Lord Canciller comenzase a gritar horriblemente de dolor. El senador Anton mantuvo así al Gran Lord Canciller por al menos quince minutos hasta que finalmente pronunció: -¡*Pethaínei*! –y finalmente el Canciller murió. Inmediatamente un hilo de luz color azul salió del cuerpo sin vida del Canciller, yendo directamente hacia la punta de la varita del senador. Anton se acercó al cadáver, susurrando algo y haciendo un pequeño corte con su varita. Un fino listón de sangre salió de su cuello y, tocando la pared a la cual daba la espalda el ahora difunto Gran Lord Canciller y en la cual había un bello tapiz del Punjab, la sangre empezó a escribir las siguientes palabras:

Teman, pues el Emperador ha regresado.

Después, Anton salió de la habitación y dirigiéndose a los pisos inferiores envuelto en humos negros que lo confundían con la oscuridad de los pasillos, llegó a las Oficinas de Migración, donde con la varita que utilizó para asesinar al Gran Lord Canciller, comenzó a bombardear la Oficina, destruyendo todo y causando un incendio, también atacó las Oficinas de Relaciones Interiores, de Economía, de Cultura, entre otras.

Finalmente, en el Gran Salón, escribió lo mismo que había escrito con sangre en la oficina del Gran Lord Canciller, pero esta vez rompiendo los mármoles de color negro y poniendo fuego sobre ellos.

Después, se envolvió de nuevo en humo negro y salió disparado hacia uno de los hermosos vitrales de vidrio hechos en Venecia, rompiéndolos. Saliendo a los cielos nocturnos sin luna sobre la ciudad de Roma. Volando sobre las ruinas del foro romano, yendo al este, alejándose de la ciudad. Se perdió rápidamente.

La policía y los bomberos acudieron rápidamente al Palacio del Senado. El daño estaba hecho. Miles de documentos se habían perdido y tendrían que ser reparados inmediatamente por los ciudadanos. Pero lo peor se descubriría pronto, y no tardaron mucho, pues sabían que el Gran Lord Canciller se quedaba a trabajar hasta tarde.

El Senado había sufrido un golpe muy duro, y junto con los escándalos de corrupción, su reputación se estaba desplomando poco a poco. Las elecciones para elegir al nuevo Gran Lord Canciller tardaron más de lo previsto, pues los lores estaban muy ocupados en sus oficinas recuperando la información perdida, como para asistir a las elecciones que

se realizaban en la Cámara de los Senadores. El mundo estaba a la deriva. Los rumores sobre el asesino del Gran Lord Canciller se dieron vuelo y duraron lo mismo que las elecciones para el nuevo Gran Lord Canciller.